POR NUMEROSAS LUCES ADORNADO

POR CARLOS ILLESCAS

"...exacerbación racional de una tontería enfurecida por desorbitada."

El pozo de la angustia. José Bergamín

El daño que la educación hospiciana produjo en la formación literaria de Cosme Rustrián Cuatrecasas es irreparable. Muchos somos los que insistimos en el hecho; pero quien ha refinado mejor cuáles son las depredaciones vocacionales en el autor de *Los marineros tienen derecho a la danza*, es Luis de Franco, licenciado desde su primera juventud en letras humanas y animador entusiasta de revistas literarias.

A Rustrián no le bastó convertirse en una suerte de monje laico, sobre todo dio en la flor de imitar a los santos de su predilección, que eran muchos. Habitaba un cuarto estrecho y dormía sobre un camastro de durísimas tablas. Confesaba haber escuchado provenientes del cielo, por numerosas luces adornado, voces que descendían incitándolo a las buenas acciones entre las que no resultan las menores dar de comer al hambriento, consolar al triste, vestir al desnudo y otras obras de misericordia fortalecidas por la oración.

Cultivó al mismo tiempo la amistad de personas seducidas a la corta por su bien timbrada voz de barítono al cantar con gusto, lo aseguro, hermosas canciones de la tierra, las que solía acompañar con la música extremada de una guitarra puesta en orden por los ángeles, si cabe la hipérbole. La declamación de versos castellanos, igualmente ejemplares, le era aplaudida también por sus amigos.

Añadía a estas virtudes no creer en la operancia de la propiedad privada; sin embargo no era lo que se dice con recovecos de censura un cínico, porque los domingos, en la parroquia, escuchaba con recogimiento a los niños pobres recitar lecciones pías impartidas por señoritas no siempre feas a fuerza, vestidas con ropas perfumadas por el amor sin rebuscamientos de la honestidad.

Un día largo en nieblas invernales publicaron los periódicos versos del vate Rustrián Cuatrecasas. Los enterados escribieron que el sabor añejo de los textos atendía la lectura inteligente de San Juan de la Cruz, por lo menos. En efecto abría en sus liras un cielo de simplicidad bienaventurada al mezclar lo vulgar, lo sorpresivo y lo divino, con objeto evidente de no desmentir a sus comentaristas más ceñidos.

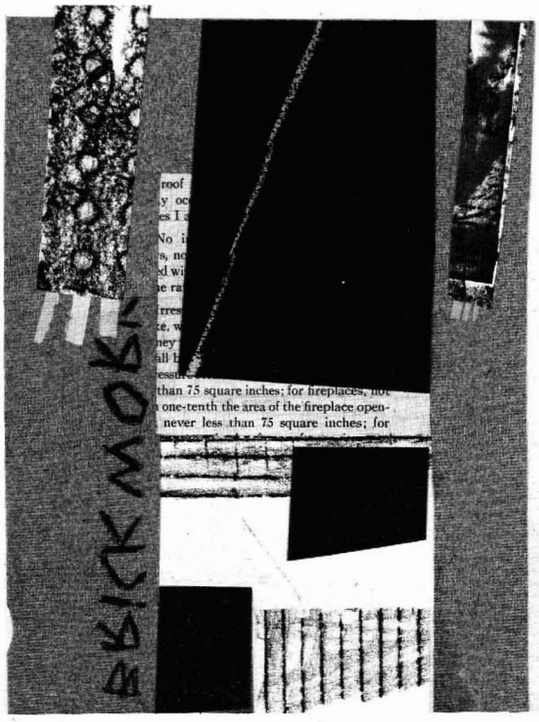
Abundando en el tema, De Franco afirmó que el poeta sembraba las metáforas sutilísimas *trascendido todo contacto con el plano de la realidad* sin perderse en la oscuridad de los conceptos, que suele ser tomada erráticamente como claridad por quienes advierten en la música más aparente que real del barroco la verificación de las ideas en estado de vigilia sin preconizar con igual entereza la combustión sin cese de palabras en la mayor ventura de una gestación angélica. Rustrián camina con pie seguro pese a desbastar las palabras al extremo de dejarlas sólo en sus perfiles y reversos más secretos.

La publicación sucesiva de *Tierra sin otoño*, *Lago de hermosura*, *Vibrar*, *Hacia el puente* y *Faena de sueño*, convencieron tanto a lectores predispuestos a recibir con agrado, como a los que no, la poesía moderna, llamada por De Franco con disimulada ironía, contemporánea. Se le comparó con los maestros de la lengua y los acuciosos dijeron que Cosme, al igual que Rubén Darío, sabía reducir a metros españoles los ritmos peculiares de otros idiomas apenas sospechados por lectores medianos, que suelen ser los más.

Al revelar su secreto, expresó que estriba en la acción recíproca, a doble préstamo, de dejar flotar las palabras en su propia atmósfera al tiempo que recrean cosas, asuntos, fenómenos, por lo menos contrarios entre sí. Escuchémoslo: "Hallar la relación entre una naranja y un canario propicia reacciones mentales que imponen el uso de alocuciones opuestas también al instante de aprehender la realidad por medio de los versos, mejor si eneasílabos anapésticos. Las palabras influidas por palabras antípodas y los objetos por objetos enemigos mediante palabras de palabras turnadas en la acción por objeto de objetos, hallan la interrelación bien temperada postulando el infinito refundido en un abecedario y un ábaco monstruosos, que sólo el poeta en estado de gracia sabe descifrar letra a letra, número a número, en su trama más íntima. El armario frente al libro, la pared al lado del vaso (no el vaso al lado de la pared), en cuchillo mohoso junto a la cabeza desprendida de un fósforo, son asimismo otras tantas puertas por donde penetra el mundo diferenciado de los sintagmas primero y sale, desplazada del sitio que cede, la conciencia colectiva de los objetos indiferenciados y transformados en nueva realidad, después. No todo quedaría reducido a la función automática del simbolismo, sobre todo formas alegóricas del sueño considerado en acto como propedéutica de la poesía, sino también, que conste, reducido a dínamos subtextuales en la realización posterior del poema; porque entiéndase, el conjunto: palabra-palabra, objeto-objeto, palabra-objeto, objeto-palabra, opera de vuelta en la acción de los sentidos. Puestos en la vía de las explicaciones sabemos que éstos eluden el automatismo y preceden en función vegetativa a los sentimientos pero no estimulan la contemplación intelectual, cabe decirlo, de quien realiza la (su) materia expresiva en el plano superior de la realidad trascendido el idealismo. Por ejemplo. Invito a los interesados a observar voces combinadas con sabores reales (no idea de sabor), oler sonidos (no organización de melodías), escuchar los matices menos previsibles de un color particular (durante el curso de una tempestad, se entiende)."

La experiencia histórica, como llamaba a la relación de los contrarios bienquistos, estriba en la personalización de lo adánico prosaico y lo cinéti-

Carlos Illescas (Guatemala, 1918), poeta y cuentista, reside en México desde hace varios años. La revista guatemalteca *Cuadernos Universitarios* acaba de rendirle un merecido homenaje, y ediciones *Liberta Sumaria* publicó recientemente una colección de sus poemas, *El mar es una llega.*



co. Véamoslo. Recordar la biografía de un asesino juntamente con el movimiento de la mano que dice adiós; recordar el círculo descrito por el sol en torno a la Tierra, junto con los ojos de escarabajos catalépticos "son hechos históricos de la experiencia hiperestesiada, sustancia antes de la realización de palabras inductoras a la fisión encadenada de la metáfora." De todas, sin duda, su teoría más redicha.

"*Mi* movimiento no es ni traslación ni vibración, es inmersión; búsqueda de apetencias traducidas en la actividad que emprendemos sin medir otras consecuencias en el cartabón de una naturaleza traducida por el demonio en poesía actuante." De Franco entendió aquí la perpetua expiación de un Fausto guatemalteco con implicaciones edípicas.

"A todas luces revela Rustrián desconocer los trabajos avanzados de la estilística puesta al día por la escuela psicoanalítica de Viena." Escribieron críticos acérrimos.

Pasados los meses, al sanar de un corrosivo mal del aparato respiratorio, su barba florecía espesa y negra. En el curso de la recuperación contrajo el hábito de fumar sin medida y depuso a sus censores, por toda explicación, que al igual que otros grandes solitarios tenía derecho a contraer vicios dispersorios. Fumaba descubriendo en cada bocanada aproximaciones a una presencia confortante y unilateral, el narcisismo. Entretenía el ocio viendo desleírse el humo como un prestidigitador que creyese en sus propios trucos. Los dedos, cubiertos por una gruesa pátina o sarro amarillo oscuro, revelaban el maltrato de la incontinencia. Pero no solamente las manos apelaban a dicho color: todo él estaba teñido de nicotina. Refería con la brevedad epigramática de un personaje de Laercio que su estado no era producto de la intemperancia sino de la autosugestión, porque deseó tener siempre ese tono de piel y no otro.

La tez transportaba en su transparencia las calidades amarillentas de una hoja de espliego expuesta al sol abrasador. Entendidas así las cosas no resultó contradictorio que escribiera espejeantes serventecios en los cuales los espondeos simulaban ser o eran lógicamente amarillos. Refirió haberlos esculpido macerando hierbas ictéricas de un otoño perfumado con ámbares jupiterinos; añadió que los ojos de quienes fallecen en riña tumultuaria se metamorfosean en piedras amarillas bajo el cielo de julio, que el oro es simple y llanamente un espejismo porque su color verdadero es el violeta, con lo cual deseaba significar que los objetos impuros o auríferos aparentan poseer el noble color amarillo pero que al ser dejados en los cueros de su justa y primera naturaleza son o verdes o azules o quién sabría decirlo qué otros colores reñidos con la pureza de la palabra, que es amarilla en el curso imperceptible e inmaculado de su primer vaguido.

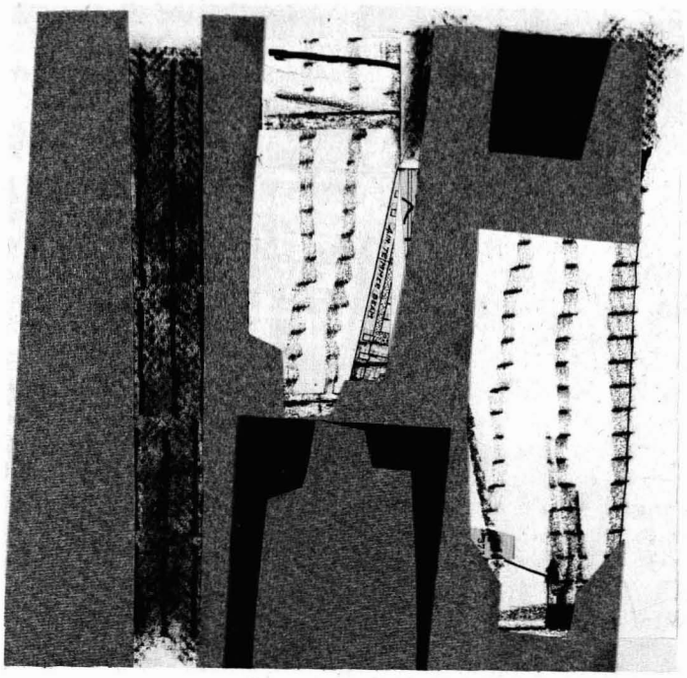
En otras aserciones suscribía que Teresa es el nombre más bello de la creación porque deviene en el estío de una fonética amorosa y amarilla, traducción de la tristeza en los pájaros viajeros, sabedores de que al morir tornarán sus plumajes en ramas verdes, porque con las aves amarillas que mueren en octubre la tierra elabora los árboles más dulces.

Los gatos, sobre todo negros, son objetos amarillos. Al decirlo en una tertulia despiadada en tazas de café alguien deseó refutarlo y él replicó con presteza que los colores en general son movimiento puro y que un gato negro no lo es de verdad, más bien resulta suma ideal del movimiento; por esta causa y no por razones de ociosas pigmentaciones capilares aparenta ser negro, porque como se ha podido probar, el gato al caer en reposo absoluto como las palabras en su madurez estricta, en el otoño de su gloria, es amarillo.

En fin, como Luis Cardoza y Aragón, rodeaba su existencia de jerarquías verbales que sabía dirigir al propósito deseado. Sin embargo, por lo inestable de éstas y otras teorías lo acompañaban por tabernas y villorrios sólo alumnos estropeados por la idea de la revolución mundial realizada en plazas públicas al son de recitaciones de antiguas rapsodias.

Un día de agosto, frío y huraño, se presentó frente a él una bella señorita. Cosme la dejó marchar y la amó con pena a la distancia. Su particular predilección por los campos se constriñó a la sazón al puro estar en los cafés en espera de Teresa. Rogaba a los viajeros noticias sobre los pasos de la joven, pero ellos, explicablemente, ni siquiera se dignaban responderle.

En el fondo más remoto de una sospecha comprendió un día que sin saber cómo pudo ocurrirle



había dejado de pertenecer a este mundo. Se apesadumbró al verificar que sin proponérselo era la equivalencia de una extraña manifestación de Dios sobre la tierra porque estando en todas partes no estaba en ninguna y viceversa. Con el fin de corregir con energía esa deformación de la angustia deseó con más ardor aún que antes terrenalizar sus sentimientos propiciando el intercambio de unas palabras con Teresa, la llama amarilla, el puñado de sol que era Teresa.

Se entregó a su busca. La halló prendida del brazo de un marinero borracho. La instó a seguirlo. Ella accedió. Hablaron a la luz de una intensa luz de neón y tomaron café. Ardieron como dos fósforos, las cabezas apoyadas la una en la otra. Se dijeron iguales palabras; produjeron sonidos dísticos, hermanados en una misma irremediable fiebre de la identidad realizada.

Cosme abandonó el sanatorio.

Por las fechas publicó en libro los versos de *Los marinos tienen derecho a la danza*: obra paupérrima. Los versos no transpusieron en la ocasión siquiera lo mediano. Abusó de las repeticiones monótonas mientras la busca afanosa de la rima revelaba el grado en que su imaginación había sido lesionada para siempre. Rodeaba los temas estrujados por las primeras impresiones sin acertar a producir unas síntesis, como si anduviera borracho de ineptitud entre neologismos arborescentes y tautologías hepáticas.

Aquellos que saludaron jubilosos la aparición de sus primeros versos, callaron, y quienes habían sido en el pasado mordidos por la envidia, sobre todo en esta oportunidad *deploramos el estado lamentable que guarda la literatura nacional.* Un crítico, no el más caníbal, lo insultó con el fin de poner, dijo, las cosas en su punto. El, Cosme Rustrián Cuatrecasas, por toda respuesta se marchó a vivir con un remotísimo pariente.

Los enterados de que había vuelto a tener revelaciones lo buscaron con ahínco. Mujeres sencillas oraron por él. Los más esforzados iniciaron colectas en escala nacional invocando su nombre. Santa María Alacoque volvió a estar a la moda después de largas décadas de oscuridad por obra de que alguien narró que Cosme había mencionado con buenos resultados el nombre de la santa en ocasión de una sequía que asolaba al país.

Los editores esta vez resultaron ajenos a las actividades de De Franco, recientemente diplomado en letras por la universidad de Wichita, Wich. y uno de los candidatos más viables a la beca Gugenheim; sin ayuda de nadie, inició una graneada promoción publicitaria con objeto de que el gobierno, a la sazón complaciente y conservador, imprimiera los versos del santo laico, como se llamó con visible disgusto de prelados de estimables diócesis. Reunió los manuscritos y acometió el estudio de los más importantes en donde hallaría la razón vital y mística de Rustrián, como lo dejó escrito en una revista especializada en cuestiones parasicológicas.

Algunas lecciones oscuras lo lanzaron a la busca de Cosme. Lo encontró en los confines del país, región por las fechas montañosa y bastante inaccesible por la misma razón. Allí vivía Rustrián, cubierto de llagas que movían a lástima; las ropas destrozadas y las manos ennegrecidas por el maltrato del arado.

Durante largas y tediosas horas charlaron. De Franco, a ratos, pensaba si aquel palurdo que sólo sabía responder con monosilábicos sería realmente Rustrián Cuatrecasas; la sospecha amainaba al momento en que el poeta producía sin anuncio una charla iluminada con frases nerviosas, conceptos los más despejados expuestos con la elegancia que no consulta sino prescribe el sentido de las palabras más aptas para el libre acorrer de la inteligencia.

Sin embargo, De Franco al cabo de la charla que puso fin a su estadía junto al poeta estableció que era sobre toda cosa un impostor: un fiasco como místico y una aberración como artista. Volvió a los aires cosmopolitas, y en la ciudad escribió las palabras ausentes de misericordia que todos conocemos. Desnudó al héroe.

A la fecha, ignoramos muchos la existencia de Cosme Rustrián Cuatrecasas; nos hemos aplicado a denostarlo y decir que los tiempos no son para el engaño y la superchería, ¡qué va!

Y mientras esperamos nuevos y más escarnecedores trabajos críticos del ahora despiadado Luis de Franco, Cosme camina sobre las aguas de los ríos, seguido por un promiscuo mundo de personas humildes en su mayoría que lo proclaman su maestro.